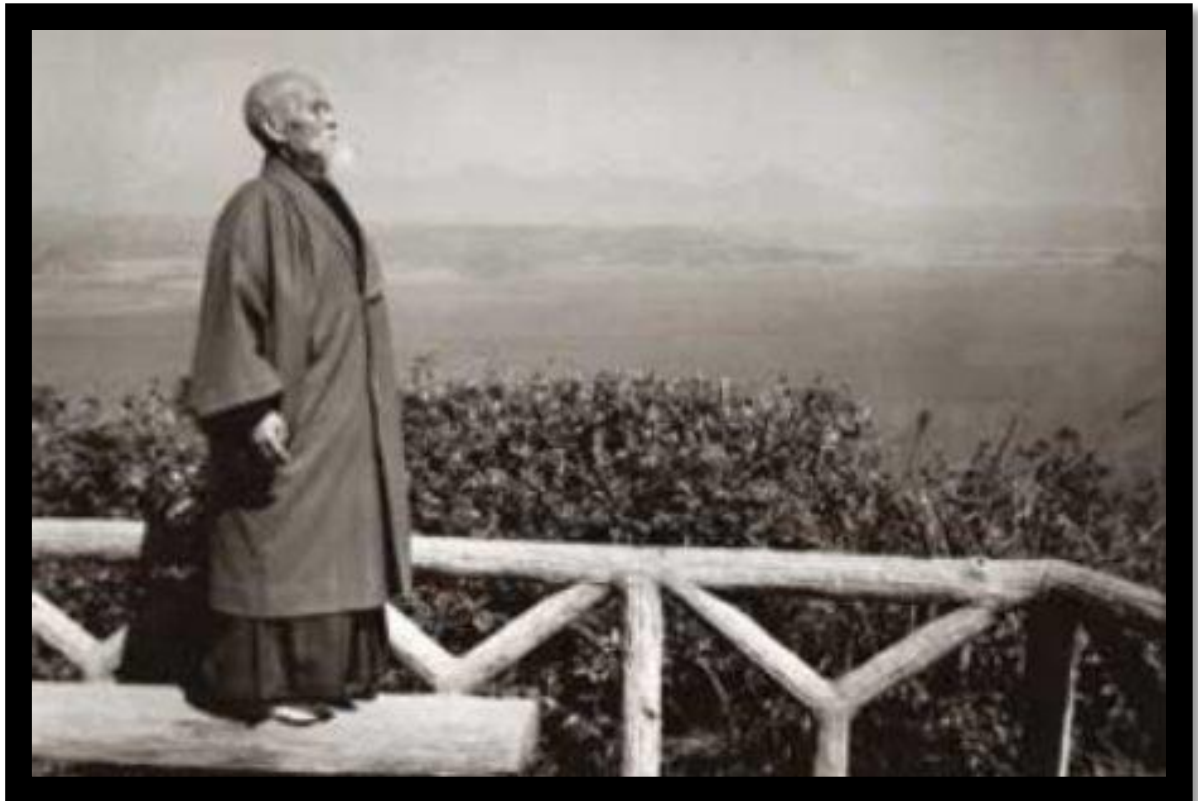


Buscar la Creatividad



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2014

Cuando me regalaron "*El Largo Viaje*", una de las impresiones que más me sobrecogió al leer el libro fue la posición de su protagonista ante la proximidad de su inmediato regreso a Francia.

En efecto. ¿Por qué, Bernard Moitessier, una vez que hubo concluido la vuelta al mundo en su velero, avistando las primeras tierras europeas decidió, ante el asombro de todos, dar media vuelta y continuar viajando, para, de esta forma, seguir en contacto con su Soledad, con su Poesía, con su Lucidez...?

Atlántico sur abajo, enfiló de nuevo hacia los cuarenta rugientes para doblar, por segunda vez, el Cabo de Hornos y, pleno de Experiencia, escribir algunos de los relatos de aventura más sugestivos que hemos podido leer: *El Largo Viaje; Cabo de Hornos a la vela; Un vagabundo de los mares del Sur*.

Diríase que es necesario el alejamiento para consumir el Hecho Creativo. También, que los artistas han de abandonar de tiempo en tiempo su entorno más acomodado, para encontrarse así con esa Experiencia capaz de conducirlos a la Imaginación.

Yo opino que es casi imposible desarrollar la Creatividad estando inmersos, totalmente, en la cotidianeidad y creo, también, que es fundamental salir de ella fugazmente, para regresar después más independientes y, por ello: libres, valientes y autónomos.

En efecto, así ha ocurrido desde siempre. En la Inglaterra dieciochesca y decimonónica, no fueron pocos los escritores y pintores que buscaron otros paisajes en aquella España atrasada e inculta, pero luminosa y llena de vida en calles y plazas.

¿Por qué Charles Rochfort Scott, Alexander Jardine, Barette Twiss o Richard Ford viajaron lejos de sus verdes prados, de su té de sobremesa, de su teatro shakesperiano, de su lluvia permanente y de su educada sociedad victoriana, para dar con sus vidas en la Andalucía subdesarrollada, la árida Castilla o el vetusto Madrid de los Austrias...?

Después, Washington Irving entró en La Alhambra para escribir -una noche sin parangón en el contexto de su propia existencia- sus célebres "*Cuentos*", descubriéndonos a todos una imagen de nuestro país como nunca antes habíamos podido imaginar. Una vez más, alejado de su cotidianeidad, de nuevo apartado de sus espacios más habituales, un escritor, lejos de todo lo suyo, despertaba la Creación dentro de sí.

Siguen a este primer elenco otros grandes artistas, poetas y músicos, todos ellos -Gauguin en Tahití, Baudelaire en los mares del sur, Lawrence Durrell en las islas griegas, Chopin en Mallorca, Oscar Wilde en Italia- buscando esa musa involuntaria, como si ésta anduviera escondida, sólo, en caminos alejados,

solitarios, marginales, transversales, ignotos siempre para los muchos, hollados por los menos.

Uno de mis favoritos continua siendo Mieczyslaw Demetriusz Sudowski, quien firmara su obra literaria con el sobrenombre de *Mouni Sadhu*, que traduciríamos del Sánscrito como: "*Sagrado Silencio*".

Sadhu, un sobreviviente de la 2ª Guerra Mundial, cautivo del horror nazi en un campo de concentración alemán, vivió trágicamente aquel perverso holocausto: un hecho que le afectaría de forma radical tanto física como psicológicamente. Una vez finalizada la contienda marchó a la India, buscando consuelo espiritual en alguien que ya para siempre se convertiría en su más honda Inspiración: Ramana Maharshi.

Antes de encontrarse con su maestro, el escritor ya tenía una dilatada trayectoria de búsqueda, sucumbiendo, una y otra vez, en sus intentos por encontrar respuestas veraces, capaces de satisfacer sus inquietudes más íntimas. Fue finalmente la Experiencia de aquel "*Viaje Interior*" hacia el corazón de la India lo que pudo catapultarle hacia ese logro infinito, devolviéndole más tarde a una vida plena, entregada y comprometida con su entorno social.

Sí. El viajero, llegó a Tiruvannamalai, en el Estado de Tamil Nadu, a finales de la década de los años cuarenta del pasado siglo, cruzando antes los caminos polvorientos de la llanura sur del Subcontinente Indio, para arribar a las puertas del *ashram* de Ramana. Cuando bajó de la vieja carreta de bueyes y entró en aquella comunidad espiritual el tiempo se detuvo para él de una manera brutal. A partir de aquel momento, aislado en su celda o recluido en las cuevas de Arunachala -la *Montaña Roja*- comenzaría su acercamiento al Vichara, o *Autoindagación*, una práctica que también utilizara durante años el propio Ramana Maharsi mientras, instalado en aquellas mismas grutas, dijera adiós al mundo que conocía, para resurgir años más tarde, renovado, clarividente y lúcido.

A mí me han atraído siempre los errantes del Medievo de Japón, aquellos hombres de armas que, voluntariamente, elegían el constante caminar para descubrir, desarrollar y establecer el Arte de la Espada tal y como ellos mismos pretendían. No era tarea fácil, muchos eran los *ronin* que deambulaban de ciudad en ciudad, buscando, ansiosamente, a otros guerreros sin dueño ni señor con quienes cruzar su sable y aprender así de la experiencia. Ese conocimiento tenía un precio, siendo éste, muchas veces, la propia vida. El hecho de buscar la Soledad con plena conciencia de su naturaleza, para evolucionar la propia técnica y enaltecer el pensamiento que habría de conducirla es una muestra más de que el alejamiento de lo habitual puede ser un salvoconducto hacia la Libertad pretendida.

¿Cómo pudo ser, sino así, aislados, en constante meditación, apartados de la linealidad de los días, que algunas mentes superdotadas pudieran dar forma a

algunas de las Escuelas –Koryû- que aún hoy perduran en Japón? El vasto *curriculum* de ciertas Tradiciones Marciales –*Katori Shintô ryû, Kashima Shintô ryû, Yagyu Shinkage ryû, Takenouchi ryû o Maniwa Nen ryû*- es difícilmente imaginable sin esa conexión con el apartamiento temporal de lo mundano.

Algunos de los grandes hombres del Budô contemporáneo fueron también una muestra viviente de lo que significa el este *Alejamiento del Mundo* como detonante de la Creatividad.

Recuerdo la biografía de Masatoshi Nakayama Sensei (1913/1987), Director General de la Asociación Japonesa de Karate, quien en su etapa como estudiante y residente en China -entre 1935 y 1946- anduvo, solo, por las inmensas llanuras de la estepa de Mongolia para encontrar también él sus propias respuestas. Después de tan duro peregrinaje, enfrentado a sus miedos y limitaciones, Nakayama Sensei pudo por fin regresar victorioso y, también, fortalecido y seguro. Su meditación había dado resultados. Cuando finalmente volvió a Japón, después de una década en Pekín, traería consigo los fundamentos de una auténtica revolución en relación al futuro desarrollo del Karate Shotokan: una Escuela que lideraría a partir del fallecimiento de Funakoshi Sensei -1957- su mentor y maestro.

Kobo Daishi en su periplo a través de China, los incansables Shugenjas en las Montañas de Kumano, Tsukahara Bokuden atravesando los caminos del Japón medieval, Musho Gonnosuke en el Monte Honman, Gogen Yamaguchi en las Montañas de Kiso, Morihei Ueshiba instalándose en Hokkaido, descubriendo Manchuria y retirándose en Iwama o Masutatsu Oyama en los Montes Minebu y Kiyozumi, alternaron sus vidas productivas en el contexto social con sus apartamientos temporales. Hollaron, todos ellos, la Creación en el ámbito de sus propias Artes para después aportarlas al mundo con generosidad.

No es un alejamiento romántico al modo de la “*Vida retirada*” que otros cantaron – Horacio, Fray Luis o Petrarca- el Apartamiento es un posicionamiento claro, necesario y obligatorio para hacer crecer en Uno Mismo la dimensión artística, una dimensión que ha de volcarse, indefectiblemente, en el mejoramiento del mundo que habitamos.

Kenshinkan dôjô 2014